

# LENGUA CASTELLANA Y LITERATURA

## COMENTARIO DE TEXTO

### La bicha ROSA MONTERO

No es casual que los temas de Haider y de El Ejido hayan coincidido últimamente en los periódicos, porque la marcha de la sociedad va por ahí: por la multiplicación de los movimientos migratorios y por el mestizaje. El mundo es hoy más heterogéneo y multicultural que nunca, y uno de los mayores retos de la modernidad consiste en digerir esa realidad sin degollarnos.

- 5 Los *progres* solemos decir alegremente que la mezcla de razas es estupenda. Y desde luego lo es, lo creo firmemente: nos hace más cultos y nos enriquece. Pero para eso hay que vencer un recelo ancestral, un miedo primitivo al otro, al diferente. Un prejuicio racista milenario que se cuela, insidioso, por todas partes: por ejemplo, el más reciente programa Word de Microsoft ofrece la palabra "degeneración" como sinónimo de "mestizaje". No sabemos qué hacer con esa
- 10 bicha que nos habita; nos tenemos miedo a nosotros mismos y con razón, porque espeluzna ver esos reportajes de El Ejido en los que unos energúmenos que tal vez sean buenos padres de familia persiguen a un marroquí y berrean "¡Por ahí abajo va, por ahí abajo!", convertidos en perfectos linchadores. Llevamos a un asesino dentro, a una alimaña, y no nos atrevemos a enfrentarnos a ella, que es el único modo de derrotarla.
- 15 El espléndido reportaje de Joaquina Prades sobre El Ejido lo dejaba muy claro: los ejidenses son 50.000, los inmigrantes 15.000. Un porcentaje altísimo y de llegada muy reciente. Esos extranjeros han sido la clave de la prosperidad del pueblo. De la noche a la mañana, los ejidenses se han hecho ricos, pero no más cultos: según un informe oficial, hay un 54% de analfabetismo funcional. Y muchísimo miedo a esos seres distintos a los que mantienen marginados. Ha
- 20 aumentado la delincuencia, desde luego (aunque, según la policía, mucho menos de lo que creen los vecinos): lo trae la riqueza, y el desarraigo y aislamiento de los inmigrantes, que, a su vez, también temen y desprecian lo distinto. Entiendo muy bien la inquietud de los ejidenses: les ha cambiado tanto la vida, y tan deprisa. La solución no es fácil: aumentar el nivel cultural, dar condiciones dignas a los inmigrantes... Y reconocer que llevamos una bicha en el corazón, y no
- 25 sólo los ejidenses, sino todos.

*El País*, 15 de febrero de 2000.

## COMENTARIO CRÍTICO

Este artículo de Rosa Montero, novelista de éxito y columnista habitual en la última página de *El País*, llama poderosamente la atención por el título escogido. En efecto, “la bicha”, término utilizado en Andalucía para designar a la serpiente, trae a nuestra mente connotaciones muy profundas, ancestrales; la serpiente es un símbolo del demonio, del mal que anida en todos los corazones humanos, ya desde el principio de los tiempos, como cuenta el conocido episodio del Génesis. Con la elección de este título, pues, Rosa Montero nos sugiere la dificultad de erradicar de nuestro pensamiento el prejuicio racista y xenófobo, ya que éste no es ocasional o episódico, sino que está íntimamente asociado a nuestra manera de pensar y de sentir. El título, además, evoca la realidad simbólica de nuestros miedos inconscientes y, en especial, la de los hombres y mujeres andaluces en cuyo dialecto cobra especial sentido la palabra “bicha”; no en vano ocurre que los hechos que se narran en esta columna tuvieron lugar en una de las zonas de Andalucía que, hasta la explosión de los cultivos de invernadero, manifestaba más signos de atraso y subdesarrollo.

Ahora bien, el problema no es exclusivo de El Ejido o de Andalucía. La autora, al emplear el plural inclusivo en gran parte del artículo y aplicarlo a su propio grupo social -los *progres*- huye eficazmente de cualquier simplificación o tentación reduccionista. El párrafo central añade ecuanimidad y justeza a sus apreciaciones, y las coloca en una perspectiva más amplia, más humanista y sincera. Su afirmación de que ni siquiera los *progres* son inmunes al veneno de la bicha que llevan dentro permite a todo tipo de lectores identificarse con el conflicto que ella denuncia y tomar así conciencia de su verdadera dimensión, que excede claramente a la de los casos concretos que la han motivado, sean éstos el ascenso al poder de la ultraderecha austriaca (el caso Haider, citado en las primeras líneas) o las revueltas contra los inmigrantes magrebíes en la comarca almeriense de El Ejido.

Como ya he dicho, la autora huye de toda simplificación. Desde una posición de superioridad intelectual inherente a su calidad de portavoz privilegiado del órgano *progre* más importante de España (el periódico *El País*), le hubiera resultado muy fácil arrojar culpas sobre los agricultores almerienses (de hecho, las cifras que ofrece sobre su nivel cultural son estremecedoras). Sin embargo, prefiere adoptar una actitud más modesta y autocrítica, y su mirada gana así en amplitud y representatividad. Esto lo consigue de muy diversos modos, y casi de pasada, como sin dar importancia a sus propios argumentos. Veamos dos ejemplos de esta técnica: en las líneas 15-17, nos sugiere que ni siquiera los productos de la más sofisticada tecnología (los más “modernos”) están libres de resabios xenófobos. Más adelante, en las líneas 38-40, nos recuerda que el racismo es un fenómeno de doble dirección, y que también los inmigrantes magrebíes desconfían de los españoles que les han proporcionado trabajo, con lo cual evita cualquier posibilidad de que se le acuse de racismo “a la inversa”.

Otro aspecto que concede particular interés a este artículo es la capacidad de la autora para destacar las consecuencias globales de varios acontecimientos sucedidos en la última actualidad. Esto se ve claro al final del primer párrafo, cuando afirma: “uno de los mayores retos de la modernidad consiste en digerir esa realidad sin degollarnos”. Los verbos *digerir* y *degollarnos*, tan aparentemente opuestos al concepto de *modernidad* por sus connotaciones rudamente biológicas, en el primer caso, y bélicas, en el segundo, sugieren con brillantez que la convivencia de las diferentes razas y culturas constituye una de las claves fundamentales para la supervivencia de la raza humana.

Es difícil no estar de acuerdo con las ideas que en esta columna expone Rosa Montero. También es muy eficaz la combinación de subjetivismo en la presentación de los hechos (que sobre todo es perceptible en el segundo párrafo) con la aportación de informaciones precisas y referencias culturales y sociales. No obstante, creo que la argumentación del artículo no es del todo impecable, y a este respecto se podrían formular algunas matizaciones. La primera, que la referencia a los sinónimos del corrector ortográfico del programa Word es excesiva (¿acaso no “degeneraría” la raza de caballos árabes si, por ejemplo, se produjera un “mestizaje” con percherones u otras razas caballares?), tal vez como reflejo de esa moda del lenguaje políticamente correcto que tanto abunda en la actualidad (por cierto, esta clase de reproches al programa de Microsoft no son nada originales, ya vienen de lejos). La segunda, que la referencia de Rosa Montero a un texto ajeno al suyo (el de Joaquina Prades, cuya fecha y órgano de publicación curiosamente no se indica) resulta algo forzada, pues no parece necesaria su mención cuando sus datos esenciales han sido ampliamente difundidos por los medios de comunicación y son, por tanto, de dominio público.

Quisiera concluir este análisis destacando la solución -larga, laboriosa, nada fácil, como ella misma admite- que propone Rosa Montero al problema denunciado, y que no es otro que educar a las personas y contribuir así a su progreso y desarrollo. Como profesor de Secundaria, que intenta ayudar a que mis alumnos y alumnas, los hombres y mujeres del futuro, crezcan como seres humanos, no puedo sino darle a la escritora toda la razón. No hay mayor obstáculo para la convivencia de las personas y los pueblos que la ignorancia, y más todavía si aparece aliada con la pobreza.